

Cordis

♦ Françoise Roy

Un órgano. Un vil órgano. El cuerpo humano tiene 206 huesos. La piel de una sola persona tendría 20 pies cuadrados si con ella hiciéramos un cubrecama. Hay en la Tierra 6.7 mil millones de seres humanos, cada uno con su propio corazón. Y unos 134 mil millones de metros cuadrados de piel.

Un órgano, 6.7 mil millones de veces repetido. Los romanos lo llamaban *cordis*. *Cordis*, tal vez, porque tenga dentro una cuerda para jalar, una cuerda que hace que se desaten todas las calamidades del mundo, toda la belleza del mundo, en un alud que ninguna palabra dicha, ninguna bala perdida o no perdida, ningún ataúd o pensamiento o conflicto armado podría detener. Y en ese corazón de portador desconocido, una campana, un tambor, la sangre y las sienas latieron bajo la Luna llena, que estaba a 14 grados de Virgo, a 11 grados de latitud Norte y 85 grados Oeste, tantos metros arriba del nivel del mar. Corazón solitario entre casi siete mil millones de corazones.

Y aquella pleamar que la Luna a 14 grados de Virgo hiciera levitar, como si un cordel de titanio uniese las aguas de la Tierra con el sembrado de cielo donde ella, Selene, se mantiene en equilibrio desde la noche de los tiempos.

Todo un mapamundi en este corazón. Un mapamundi donde el amor quiso trazar una sola frontera que en vez de dar a otros países compartiendo líneas imaginarias sobre la piel del globo terráqueo abriera sobre el abismo. Mas el corazón aludido, el corazón solo bajo la Luna, es un decir, a 14 grados de Virgo, que en ese momento pudo haber estado en trígono con Venus en Capricornio, está dividido en dos países: dos naciones enemigas que jamás se declararán la guerra, firmado el armisticio mucho antes del invento de las fronteras, mucho antes del inicio de las hostilidades, mucho antes de que la claridad del alba iluminara sus primeras fundaciones.

Rostro

I

Vio su rostro y todos los rostros del mundo excepto ese desaparecieron.

El patrón inamovible del rostro humano: dos ojos, una nariz, dos mejillas, una boca —órgano de palabras— y apéndices como la sonrisa, el lápiz labial para adornar los labios, la mirada —pareja en ambos iris.

Él está habitado por el rostro de ella (la casa bien puede quemarse, no así los fantasmas que la habitan, compartiendo con sus moradores el espacio entre dos camas, los peldaños de la escalera).

El rostro de ella, azucena plantada sobre dos hombros diminutos. Ambos oyen claramente: *azucena*, palabra cuyo galope retumba contra sus parietales, y que, junto con los demás vocablos de la bandada, buscará el árbol de la noche.

Cuántos sonidos le harán coro a ella en la oscuridad, con ese rostro que parpadea y él no dejará apagarse, preso, escamado, en la almadraba de la memoria.

II

The head, heaviest of flowers.

El tallo de su cuerpo de mujer se comba bajo el caldo de ideas que hierve en su cabeza —mientras el corazón, por su parte, retoca sus sentimientos—, y él inclina su rostro sobre ella como un Narciso prendido de otro rostro que el propio.

Sus brazos de hombre, dos pétalos lobulados por las manos, que tanto, pero tanto quisieran acariciarla, deshojarla con los labios.

¿Será un girasol cara al astro rey lo que le cubre así, como máscara, la boca y los ojos, la frente y la barbilla, las mejillas y la nariz? O bien, ¿será que el peso muerto de aquella corola busca besar las partes bajas (pezón y matriz) que como globos vuelan hacia la lámpara de techo, con la Luna que tal vez esté a 14 grados de Virgo?

Darwin al revés. La cara se vuelve flor, remontando los eslabones, y esas recámaras, esas calles, el sendero que baja a ese lago donde ellos nadaron horas atrás son campos de amapola invisibles donde Dios ensaya una floricultura insensata, girasol y perfil, hoja y manos vírgenes.

Eurídice

Ella le va a ayudar a encontrar su alma perdida. Un Eurídice macho plantado en la floresta boreal o una arboleda de robles con un puente muy cerca. Su alma que, amarrada a su corazón con un cordel que a ella le recuerda la cuerda de un reloj (¿en español acaso no se dice *dar cuerda a un reloj?*), vaga sobre el oleaje de donde otrora ella saliese en un sueño, un sueño de él que todavía no la conocía a ella, sirena sin cola, lo-grada imitación de nereida. Y el alma de él es la bolita al final del balero. Va a la deriva sobre las aguas amnióticas de un mar donde navegaron los vikingos. Más tarde, la luz roja del reloj en la recámara latirá de noche como un corazón desbocado. Unos días antes, él se rió de la idea de un alma colectiva para los animales. No del alma misma de los animales, en la que él no cree (la vida espiritual del gato, la vida espiritual del mandril, solo ella para concebir ideas tan estafalarias) sino del concepto de un alma colectiva. Ella no pudo explicarle que Mahoma en su *miraj* vio a los representantes de cada especie: una cebra, un lagarto, un quetzal, un tábano, un coatí, una carpa, un flamenco, cada uno encargado de velar sobre cualquier unglado del mismo tipo, cualquier criatura alada similar en apariencia, cualquier bestia de escama que lleve el mismo nombre. Sin embargo, él encuentra la idea del alma colectiva bastante enternecedora: un espíritu compartido por puros semejantes, una gran alma haciendo de paraguas para especímenes que se parecen. Es el alma también, aquello que despertará bajo la luz roja, aquella noche, mas en ese caso, es la individual, el alma de Pedro, el alma de Rachid, el alma de Milagros, el alma de Xóchitl, el alma de Dimitri, de Jean-Pierre, de Igor, de Atala, de Rahvi, de Dongfeng o de Shirley, el alma de ellos, que no tienen cara.

◆ Françoise Roy. Poeta, traductora y narradora. Nació en Québec, Canadá, y vive en Guadalajara, México, desde 1992. Maestra en Geografía con Diplomado en Estudios Hispánicos por la University of Florida y Diplomado en Traducción por la Organización Mexicana de Traductores, ha publicado once poemarios, además de una plaqueta de poesía, un libro de cuentos y tres novelas, en francés y español. Entre las distinciones a su obra se encuentra el Premio Nacional de Traducción Literaria en Poesía (México DF, 1997), el Premio Jacqueline Déry-Mochon de novela (Québec, 2006), el Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal (Sonora, 2007) y los premios internacionales de poesía Ditët e Naimit (Macedonia, 2008) y Poetry Nights of Curtea de Arges (Rumania, 2011).



27 Módulos, de la serie *Módulos e tramas*. Técnica mixta, 182 x 120 cm, 2013